

Securitización, derechas radicalizadas y riesgos democráticos. La gestión de Patricia Bullrich en el Ministerio de Seguridad

Securitization, radicalized right-wing movements, and democratic risks: Patricia Bullrich's tenure at the Ministry of Security

Gimena Loza

gloza@unvm.edu.ar

Universidad Nacional de Villa María, Argentina

Resumen

Este artículo analiza la radicalización de los discursos y políticas securitarias en Argentina a partir de la gestión de Patricia Bullrich como ministra de Seguridad durante los gobiernos de Mauricio Macri (2015-2019) y Javier Milei (2023-presente). Se examina cómo la securitización se constituye como eje estructurante de las nuevas derechas argentinas, operando como dispositivo de legitimación política que trasciende las diferencias entre el macrismo moderado y el mileísmo radicalizado. A través de un análisis comparativo de ambas gestiones y su articulación con experiencias regionales como la de Nayib Bukele en El Salvador, se sostiene que Bullrich representa una figura bisagra que conecta la normalización democrática de la derecha con su posterior radicalización autoritaria. El trabajo concluye reflexionando sobre las implicancias de este proceso para la democracia argentina en el contexto del ascenso global de las derechas radicalizadas.

Palabras claves: securitización, nuevas derechas, democracia, políticas de seguridad, radicalización política

Abstract

This article analyzes the radicalization of security discourses and policies in Argentina through Patricia Bullrich's management as Minister of Security during the governments of Mauricio Macri (2015-2019) and Javier Milei (2023-present). It examines how securitization constitutes a structuring axis of Argentina's new right-wing forces, operating as a device for political legitimation that transcends differences between moderate Macrism and radicalized Mileiism. Through a comparative analysis of both administrations and their articulation with regional experiences such as Nayib Bukele's in El Salvador, it argues that Bullrich represents a pivotal figure connecting the democratic normalization of the right with its subsequent authoritarian radicalization. The work concludes by reflecting on the implications of this process for Argentine democracy in the context of the global rise of radicalized right-wing forces.

Keywords: securitization, new right, democracy, security policies, political radicalization

Securitización, derechas radicalizadas y riesgos democráticos. La gestión de Patricia Bullrich en el Ministerio de Seguridad

Introducción

El ascenso de las derechas radicalizadas constituye uno de los fenómenos políticos más relevantes y preocupantes del siglo XXI. La emergencia de expresiones neoconservadoras, nacionalistas y reaccionarias tuvo lugar en distintas latitudes, configurando una ola de alcance global con traducciones locales diversas. Desde el referéndum del Brexit en 2016 hasta la llegada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos en ese mismo año, pasando por el triunfo de Jair Bolsonaro en Brasil o el reciente ascenso de figuras como Javier Milei en Argentina, se asiste a la consolidación de un mapa político en el que las extremas derechas ocupan un lugar cada vez más central.

En este contexto, la cuestión securitaria aparece como una de las agendas privilegiadas de estas fuerzas políticas, constituyéndose en un campo clave para comprender sus proyectos de gobierno y sus estrategias de legitimación. La securitización (entendida como el proceso mediante el cual ciertos temas se construyen como amenazas existenciales que justifican medidas extraordinarias) opera como un dispositivo que excede lo estrictamente policial para ordenar la agenda pública, definir prioridades estatales y producir narrativas identitarias que movilizan emociones colectivas de miedo, enojo e indignación.

Tal como advierten Sanahuja y López Burian (2023), las extremas derechas no pueden ser entendidas como un bloque homogéneo ni como un fenómeno enteramente novedoso, sino más bien como un entramado de actores y discursos que comparten elementos con tradiciones históricas de autoritarismo, nacionalismo y conservadurismo, pero que adquieren nuevas formas en el marco de la globalización, la crisis del neoliberalismo y la aceleración de procesos de desigualdad y exclusión social. Se trata, en sus palabras, de una "constelación" de derechas radicales que, aunque heterogénea en sus expresiones nacionales, comparte diagnósticos comunes: rechazo a las élites globalistas, impugnación a los consensos democráticos liberales, cuestionamiento a las políticas de género y diversidad, así como una apelación recurrente al miedo, a la inseguridad, y al individualismo como motores de acción política.

En sintonía con este planteamiento, Stefanoni (2021) señala que una de las claves para comprender la expansión de las nuevas derechas es su capacidad de reapropiarse de la noción de rebeldía. Lejos de aparecer como defensores del statu quo, estos actores construyen una estética y un discurso insurgente, presentándose como outsiders que desafían al establishment político y cultural, en particular al progresismo. Así, la "anticorrección política" y la interpelación directa a las emociones de enojo, resentimiento y frustración social se convierten en marcas distintivas de estilo. En este sentido, más que un mero endurecimiento conservador, lo que se observa es la configuración de un campo cultural y simbólico en disputa, en el cual las derechas radicalizadas logran presentarse como innovadoras, disruptivas y auténticamente representativas de "la gente común".

En el caso latinoamericano, y en particular en Argentina, estas tendencias globales se imbrican con dinámicas locales específicas. Sorbera y Goldin (2023) sostienen que las nuevas derechas argentinas no pueden entenderse simplemente como trasplantes de modelos externos, sino como fenómenos que dialogan con una historia política marcada por la centralidad de las derechas tradicionales, la crisis de representación de los partidos políticos y la capacidad de ciertos liderazgos para articular demandas sociales insatisfechas. En este marco, los autores remarcan que la seguridad emerge como una de las agendas transversales más eficaces para organizar discursos y prácticas políticas de las nuevas derechas, pues permite condensar miedos sociales difusos, legitimar políticas de control social y reforzar un orden

jerárquico en contextos de fragmentación social y política.

El problema de la inseguridad se consolidó en las últimas décadas como un eje central de la penalidad contemporánea, desligándose de sus dimensiones estructurales vinculadas a la desigualdad o la exclusión social, y reduciéndose a un campo de respuestas punitivas, tanto estatales como sociales. Este desplazamiento implica que el delito dejó de pensarse en relación con las condiciones de vida o las políticas sociales, y pasó a concebirse como un fenómeno estrictamente individual y moral. La figura del "enemigo interno" se reactualiza constantemente, y con ella la legitimidad de políticas de endurecimiento represivo, militarización de la seguridad interna y criminalización sistemática de sectores populares. Así, la inseguridad se erigió como "problema público" privilegiado para las derechas, operando como bisagra entre discursos de orden, racionalidades neoliberales y demandas sociales por protección.

Este entrelazamiento entre lo global y lo local, entre lo cultural y lo securitario, resulta clave para comprender la coyuntura argentina reciente. La llegada de Javier Milei a la presidencia en 2023 constituyó un punto de inflexión histórico, no solo por el triunfo electoral de un líder autodefinido como libertario, sino por la consolidación de un espacio político que combina radicalismo económico con conservadurismo moral y securitario. En este marco, la designación de Patricia Bullrich como ministra de Seguridad adquirió un valor estratégico fundamental: su figura encarna la continuidad de una agenda punitiva ya desplegada durante el gobierno de Mauricio Macri (2015-2019), al tiempo que incorpora nuevos elementos de radicalización en diálogo directo con experiencias regionales como la de Nayib Bukele en El Salvador.

De esta manera, el presente artículo se propone analizar la radicalización de los discursos y políticas securitarias en Argentina a partir de la figura de Patricia Bullrich, situando su gestión en el gobierno de Macri y en el actual gobierno de Milei dentro del marco global del ascenso de las derechas radicalizadas. La hipótesis central sostiene que la securitización constituye el eje estructurante que conecta las aparentes diferencias entre el macrismo moderado y el mileísmo radicalizado, operando como gramática política que trasciende coyunturas específicas para establecer un nuevo sentido común punitivo en la sociedad argentina.

Partiendo de un recorrido conceptual por la literatura reciente sobre nuevas derechas, se busca mostrar cómo la agenda securitaria se convierte en un eje estructurante de los proyectos políticos neoconservadores, operando no solo como respuesta a demandas sociales específicas, sino como dispositivo de poder capaz de redefinir los términos del debate público y establecer nuevas formas de control social. El trabajo se estructura de la siguiente manera: en primer lugar, se abordarán las definiciones y características de las nuevas derechas, retomando los aportes de Sanahuja y López Burian (2023), Stefanoni (2021) y Sorbera y Goldin (2023). Luego, se situará la coyuntura global que enmarca el ascenso de estas fuerzas, destacando su capacidad de instalar agendas transversales en torno a la seguridad, la migración, el género y los derechos. Posteriormente, se analizará el caso argentino, prestando especial atención a la llegada de Milei al poder y al rol de Bullrich como gestora de una política securitaria radicalizada. Finalmente, se reflexionará sobre las implicancias de este proceso para la democracia argentina y regional, en un escenario de profundización de las derechas radicalizadas y de consolidación de la inseguridad como problema público central.

1. Nuevas derechas y coyuntura argentina: de Macri a Milei

1.1. El desafío conceptual de las "nuevas derechas"

El concepto de "nuevas derechas" se ha convertido en una categoría recurrente en la literatura académica y en el debate público contemporáneo. Sin embargo, lejos de ser unívoco, su utilización conlleva múltiples controversias teóricas y metodológicas. En primer lugar, porque la etiqueta "nuevas" corre el riesgo de subestimar las continuidades históricas de las derechas, que en distintos contextos nacionales han sabido adaptarse y mutar sin abandonar completamente sus fundamentos programáticos tradicionales. En segundo lugar, porque bajo la misma denominación se agrupan experiencias muy heterogéneas, que van desde partidos populistas de extrema derecha europeos hasta movimientos

ultraliberales en América Latina, pasando por expresiones nacionalistas, neoconservadoras y reaccionarias que presentan variaciones significativas en sus diagnósticos, estrategias y propuestas.

Sanahuja y López Burian (2023) sostienen que, más que hablar de un fenómeno uniforme y homogéneo, conviene pensar en un campo político en disputa donde convergen liderazgos, discursos y agendas que comparten rasgos familiares pero que se expresan de manera diferenciada según sus condiciones históricas de origen y sus contextos nacionales específicos. Así, el ascenso de Trump en Estados Unidos no puede analizarse del mismo modo que el de Bolsonaro en Brasil o el de Milei en Argentina, aunque todos se inscriban en una constelación global de radicalización derechista que comparte elementos discursivos, estratégicos y programáticos. La pregunta por lo "nuevo" constituye un eje central y controversial de este debate académico. Para algunos analistas, como Vommaro (2019), lo novedoso radica precisamente en la capacidad de estas derechas de competir electoralmente en democracias consolidadas, sin apelar necesariamente a repertorios autoritarios tradicionales o estrategias golpistas explícitas. Desde esta perspectiva, la "novedad" no está tanto en la agenda política (que sigue siendo fundamentalmente neoliberal, conservadora y punitiva) sino en la forma específica de legitimación democrática y en la estetización de la rebeldía como marca distintiva de estilo político (Stefanoni, 2021).

Otros autores, en cambio, advierten que lo "nuevo" puede ser un espejismo analítico que oscurece más de lo que ilumina. Las apelaciones al orden social, la nación, la moral conservadora o la mano dura frente al delito no son elementos inéditos en la historia política; por el contrario, tienen raíces profundas y documentadas en la historia de las derechas latinoamericanas del siglo XX. Lo que efectivamente cambió fueron los contextos de enunciación: sociedades atravesadas por la digitalización acelerada, la precarización laboral estructural y la crisis profunda de representación política tradicional permitieron que discursos que antes circulaban en los márgenes del sistema político lograran instalarse en el centro del debate público, normalizando ideas y propuestas previamente estigmatizadas o consideradas inaceptables. Esto permitió llegar a un destinatario que antes estos sectores políticos no lograban seducir eficazmente: las juventudes, en buena parte usuarias intensivas de TikTok, Instagram y X (ex Twitter), redes sociales que fueron utilizadas en las últimas campañas electorales como medio por excelencia para la difusión masiva de propaganda política, desinformación sistemática y construcción de consensos alternativos. Este fenómeno generacional representa una ruptura significativa con patrones históricos de adhesión política, donde las derechas tradicionalmente habían tenido dificultades para conquistar sectores juveniles.

Un aspecto fundamental para comprender a las nuevas derechas contemporáneas es su dimensión explícitamente transnacional. La circulación constante de ideas, estrategias de comunicación y modelos de gestión política es uno de los elementos más distintivos de este ciclo histórico. El negacionismo climático de Trump dialoga directamente con el de Bolsonaro; la retórica anti-"marxismo cultural" de Vox en España resuena con precisión en las proclamas de Milei; las políticas de "mano dura" de Bukele inspiran explícitamente las propuestas de Bullrich; la xenofobia europea se articula con el muro de Trump, y ambos resuenan en la persecución sistemática a inmigrantes emprendida por el gobierno de Milei. Este intercambio global constante no implica necesariamente uniformidad política, pero sí genera repertorios compartidos que refuerzan un sentido común reaccionario en escala planetaria.

Stefanoni (2021) subraya que estas derechas se nutren intensivamente de una cultura digital globalizada, donde los memes, los podcasts y los influencers juegan un papel central y estratégico en los procesos de socialización política contemporánea. La estética irreverente, el humor agresivo y la descalificación sistemática del adversario operan como lenguajes comunes que trascienden fronteras nacionales y construyen comunidades políticas virtuales. En este sentido, más que "partidos políticos" en sentido clásico, muchas de estas fuerzas funcionan efectivamente como movimientos culturales que interpelan emociones, identidades y estilos de vida específicos. Un ejemplo paradigmático de esto se observa en Javier Milei, quien constantemente agita la bandera de la "batalla cultural" para justificar políticamente la eliminación sistemática de las políticas de protección a las víctimas de violencia de género, la disolución del Fondo Fiduciario para el acceso al Suelo Urbano, los recortes masivos al presupuesto universitario, las reducciones en programas de discapacidad y jubilaciones, entre otras medidas de ajuste estructural. Esta retórica de "batalla cultural" no es meramente instrumental, sino que forma parte de una estrategia integral de resignificación del conflicto político en términos culturales antes

que sociales o económicos.

Otro rasgo compartido y fundamental es la centralidad absoluta de la securitización como estrategia privilegiada de construcción política. Como plantean Sorbera y Goldin (2023), el delito se convierte sistemáticamente en problema público principal, desplazando deliberadamente discusiones sobre desigualdad estructural, redistribución de la riqueza o ampliación de derechos sociales. Esta reducción temática habilita políticamente el despliegue de políticas de control punitivo y refuerza jerarquías sociales existentes que sistemáticamente criminalizan a los sectores populares y subalternos. La securitización contemporánea se combina estratégicamente con un discurso nacionalista que identifica y construye enemigos internos y externos de manera sistemática. Los inmigrantes, los movimientos feministas, la "ideología de género", los pobres urbanos o los movimientos sociales son contruidos discursivamente como amenazas directas al orden social establecido. Este señalamiento constante del "otro peligroso" cumple una función política doble: cohesiona a la comunidad política en torno a la defensa imaginaria de la nación y moviliza sistemáticamente emociones colectivas de miedo, enojo e indignación social.

Las nuevas derechas no se limitan exclusivamente a un programa económico neoliberal tradicional; su eficacia política radica precisamente en la gestión sistemática y profesional de emociones colectivas. El miedo al delito, la indignación contra la corrupción política o la frustración frente a la "casta política" se transforman estratégicamente en recursos políticos que habilitan y legitiman discursos radicales. Como advierte Stefanoni (2021), la novedad no está solamente en las políticas específicas propuestas, sino fundamentalmente en la capacidad de construir un relato coherente de rebeldía, victimización y resistencia frente a un orden percibido como sistemáticamente opresivo. Una referencia cultural paradigmática para comprender este fenómeno comenzó a vislumbrarse con fuerza tras el estreno de la película *Joker* en 2019. El otrora archienemigo de Batman es representado ahora como héroe en tanto símbolo complejo de la crisis contemporánea de representación política y del modo específico en que la rebeldía puede devenir en una fuerza antisistémica y potencialmente autoritaria. El personaje encarna simbólicamente la ira de los excluidos, aquellos sectores que sienten que el sistema económico y político los ha abandonado sistemáticamente. Su violencia no surge de una ideología política clara, sino de un profundo resentimiento social frente a la injusticia y la humillación sistemática.

Para Stefanoni (2021), esta dimensión simbólica conecta directamente con una parte significativa de los sectores que hoy se sienten atraídos por las derechas emergentes: individuos precarizados laboralmente, profundamente desconfiados del Estado y completamente descreídos de los partidos políticos tradicionales. El *Joker* simboliza una rebeldía difusa y sin horizonte, sin proyecto transformador claro. No propone una alternativa política constructiva, sino que canaliza su furia destructiva en caos y violencia. Esto refleja fielmente cómo muchas de las derechas radicales actuales logran apropiarse exitosamente de un imaginario de "rebeldía" (antes históricamente asociado a la izquierda política) pero sin horizonte emancipador alguno. En lugar de la utopía tradicional de justicia social, ofrecen exclusivamente el goce inmediato de destruir al establishment y de castigar sistemáticamente a los "enemigos del pueblo".

Trabajar analíticamente con la categoría de "nuevas derechas" implica necesariamente asumir riesgos metodológicos significativos. Uno de los principales es la homogeneización excesiva: meter bajo el mismo rótulo conceptual a experiencias tan diversas y heterogéneas puede efectivamente oscurecer más de lo que ilumina analíticamente. Otro riesgo evidente es el anacronismo: al destacar sistemáticamente lo "nuevo", se corre el peligro real de olvidar genealogías históricas fundamentales que muestran continuidades de largo plazo en la derecha argentina, como por ejemplo el nacionalismo católico tradicional, el liberalismo económico ortodoxo o el antiperonismo estructural. No obstante estas limitaciones, si se utiliza de manera crítica y reflexiva, el concepto permite efectivamente visibilizar la convergencia global de fenómenos locales aparentemente desconectados. Macri y Milei no constituyen expresiones políticas aisladas o excepcionales: se inscriben plenamente en un ciclo histórico de derechización que atraviesa sistemáticamente a Occidente, pero que adquiere en Argentina rasgos específicos y distintivos. El primero normalizó políticamente a la derecha democrática; el segundo la radicalizó definitivamente en clave libertaria y antisistema. Ambos, sin embargo, se apoyaron estratégicamente en un terreno previamente abonado por la inseguridad como problema público central

y por el desgaste progresivo del progresismo como horizonte político de sentido.

1.2. Democracia como obstáculo

Las nuevas derechas del siglo XXI no se presentan públicamente como fuerzas abiertamente antidemocráticas, pero su relación efectiva con la democracia está marcada por una profunda y estructural ambivalencia. En lugar de confrontar frontalmente al régimen democrático (como lo hicieron sistemáticamente las derechas del siglo XX mediante golpes militares o dictaduras cívico-militares), estas corrientes contemporáneas lo aceptan formalmente en términos procedimentales, pero al mismo tiempo buscan sistemáticamente vaciarlo de su contenido sustantivo y participativo. Como señala Stefanoni (2025), pensadores influyentes vinculados a la derecha digital contemporánea como Curtis Yarvin proponen abierta y explícitamente superar definitivamente el sistema democrático liberal, al que conciben como un mecanismo estructuralmente lento, profundamente ineficiente y completamente capturado por élites progresistas cosmopolitas. La democracia aparece en este discurso alternativo no como el suelo común e indispensable de la vida política civilizada, sino como un obstáculo fundamental para el orden social y la eficacia gubernamental. Aunque estas ideas siguen siendo minoritarias en términos estrictamente electorales, su influencia cultural y digital se filtra sistemáticamente en las nuevas derechas contemporáneas, que reivindican constantemente liderazgos fuertes y carismáticos y desconfían estructuralmente de los contrapesos institucionales tradicionales. En el caso argentino, dos episodios marcan hasta qué punto permean estas ideas en los nuevos referentes políticos. En agosto de 2021, cuando Milei era candidato a Diputado por la Ciudad de Buenos Aires, en una entrevista que le realiza la periodista Luciana Geuna, ésta le pregunta “¿Usted cree en la democracia?” a lo que él respondió “yo creo que la democracia tiene muchísimos errores”. Geuna reiteró la pregunta, y nuevamente Milei evadió responder por sí o por no argumentando: “te hago al revés la pregunta, ¿conocés el Teorema de imposibilidad de Arrow?”. En agosto de 2025, luego de que una agitada sesión del Congreso finalizara con votos afirmativos para rechazar el veto presidencial a la ley de discapacidad, el Presidente Milei, en su discurso en el Council of the Americas dijo que “el Congreso está secuestrado por el kirchnerismo”, volvió a acusar a los diputados de “degenerados fiscales”, calificó de “héroes” a los 83 que respaldaron sus vetos, y aludió una vez más a la posibilidad de ponerle el último clavo al cajón de la principal fuerza política opositora, todo esto en clara referencia a su desprecio por la pluralidad de opiniones y el verdadero significado y composición del Poder Legislativo. Además de tener una férrea forma de gestionar por decreto, prescindiendo del Congreso.

En contraste, Stefanoni recupera significativamente la figura histórica de Stéphane Hessel y su influyente manifiesto ¡Indignaos! (2010), que expresaba una rebeldía genuinamente democrática y emancipadora, estratégicamente orientada a ampliar derechos ciudadanos y a defender activamente la igualdad social. Para las nuevas derechas contemporáneas, sin embargo, la rebeldía se redefine completamente: ya no se trata de indignarse políticamente contra las injusticias estructurales del mercado o los poderes económicos concentrados, sino específicamente contra el feminismo, los movimientos sociales organizados, las minorías étnicas o sexuales, o las instituciones multilaterales. Se configura así una rebeldía explícitamente reaccionaria, que invierte completamente el sentido emancipador tradicional y lo pone estratégicamente al servicio de un proyecto político de cierre sistemático y exclusión social.

El resultado político es una concepción instrumental de la democracia reducida exclusivamente a su dimensión procedimental más básica, donde el voto popular legitima automáticamente decisiones gubernamentales que, en los hechos concretos, erosionan sistemáticamente derechos fundamentales y contrapesos institucionales. En esta lógica política específica, la democracia ya no se mide por la ampliación efectiva de ciudadanía o la participación social, sino exclusivamente por la capacidad técnica de un liderazgo carismático de imponer orden político frente al caos social percibido. La securitización se convierte entonces en el eje fundamental que proporciona legitimidad política: garantizar seguridad ciudadana sustituye completamente a garantizar derechos sociales o ampliación democrática.

1.3. Mauricio Macri: la normalización de una derecha democrática

El triunfo electoral de Mauricio Macri en 2015 marcó un hito histórico fundamental: por primera vez desde la recuperación democrática de 1983, una fuerza política explícitamente de derecha alcanzaba la presidencia de la República mediante elecciones libres y competitivas, sin apelar a legados autoritarios tradicionales ni discursos militares nostálgicos. Como argumenta convincentemente Vommaro (2017), el macrismo supo construir estratégicamente una derecha "moderna" y "de gestión", políticamente capaz de presentarse como alternativa legítima y democrática al kirchnerismo hegemónico. Esta normalización histórica de la derecha significó un quiebre cultural fundamental en la cultura política argentina, históricamente refractaria a liderazgos explícitamente conservadores desde la experiencia traumática de la dictadura militar. El macrismo articuló exitosamente un discurso político que combinaba neoliberalismo económico ortodoxo con sensibilidad estratégica hacia demandas ciudadanas específicas como la lucha contra la corrupción política y la inseguridad urbana. Su éxito electoral radicó fundamentalmente en mostrarse como un "cambio tranquilo" y gradual, conscientemente alejado de los tonos radicalizados que en otros países de la región habían acompañado históricamente a la derecha política. En lugar de presentarse como ruptura total e inmediata del orden existente, Macri buscó sistemáticamente instalarse como la opción política de "sentido común", apelando estratégicamente a la eficiencia técnica y a la cercanía emocional con las preocupaciones ciudadanas cotidianas.

Sin embargo, este perfil públicamente moderado no debe ocultar analíticamente las tensiones internas fundamentales del proyecto macrista. La gestión específica de Patricia Bullrich en el Ministerio de Seguridad mostró claramente que el macrismo no dudó en desplegar sistemáticamente políticas de endurecimiento punitivo y confrontación directa con movimientos sociales organizados y organismos tradicionales de derechos humanos. En este punto específico, el macrismo funcionó efectivamente como bisagra histórica: normalizó exitosamente la presencia política de una derecha democrática en el sistema político argentino y, simultáneamente, abrió la puerta institucional a la radicalización securitaria que luego sería significativamente profundizada por el gobierno de Milei.

La presidencia de Macri representó también la consolidación de un modelo de derecha que combinaba pragmáticamente modernización económica con conservadurismo social selectivo. A diferencia de las derechas tradicionales argentinas, que habían estado históricamente asociadas con sectores oligárquicos rurales o militares autoritarios, el macrismo construyó una base electoral urbana, profesional y de clase media, apelando a valores como la meritocracia, la eficiencia y el orden público. Esta estrategia le permitió conquistar territorios electorales que históricamente habían sido dominados por el peronismo o el radicalismo, redefiniendo el mapa político argentino de manera duradera.

1.4. Javier Milei: el outsider que radicaliza la escena política

La irrupción política de Javier Milei en 2023 no puede comprenderse adecuadamente sin la experiencia previa del macrismo, pero tampoco se reduce exclusivamente a ella. Como destacan analíticamente Schuster y Stefanoni (2023), Milei logró en apenas dos años un salto electoral completamente inédito en la política argentina: de panelista televisivo controvertido a presidente de la República. Su figura política encarna la radicalización libertaria más extrema: un ultraliberalismo económico dogmático que cuestiona de raíz la centralidad histórica del Estado en un país donde éste ha sido tradicionalmente organizador fundamental de lo social, lo económico y lo político.

Ramírez y Vommaro (2024) lo caracterizan precisamente como un "outsider amateur": completamente sin experiencia política previa, sin estructura partidaria consolidada y con un discurso sistemáticamente agresivo que interpela directamente a los sectores más desencantados con la "casta política" tradicional. Su atractivo electoral reside mucho menos en la coherencia programática específica que en el estilo explícitamente performativo: la estética rockera deliberada, las consignas rupturistas sistemáticas y la apelación constante a la rebeldía juvenil antisistema. En este punto específico, la tesis de Stefanoni (2021) sobre la "rebeldía de derecha" adquiere plena vigencia analítica y empírica.

Basta prestar atención detallada a los actos masivos de campaña de Milei en los que sonaba sistemáticamente "Panic Show" de la banda La Renga y "Se Viene El Estallido" de la banda Bersuit

Vergarabat, ambas canciones que surgieron originalmente al calor directo de los hechos políticos acontecidos en diciembre de 2001 en Argentina. Lo paradójico y revelador de este acto performativo de "rebeldía" es que en 2001 la ciudadanía salió masivamente a las calles a exigir que se fuera inmediatamente el gobierno neoliberal de Fernando De La Rúa, del cual eran parte orgánica Patricia Bullrich, Federico Sturzenegger y Luis Caputo, todos ellos posteriormente incorporados al gobierno de Milei. Además, la banda La Renga emitió públicamente un comunicado oficial en el que solicitó explícitamente a Milei que desistiera inmediatamente de usar su canción como parte integral de su campaña electoral, evidenciando la contradicción entre el mensaje original de la música y su apropiación política.

El triunfo electoral de Milei no habría sido posible concretamente sin la confluencia estratégica con el macrismo tradicional. Como señalan correctamente Schuster y Stefanoni (2023), el apoyo público y explícito de Macri y Bullrich permitió efectivamente normalizar a un candidato inicialmente extremo y marginal, ampliando sistemáticamente su base electoral hasta hacerlo competitivo en el balotaje final. Esta alianza táctica plantea, sin embargo, tensiones evidentes y estructurales: ¿puede efectivamente un proyecto ultraliberal radical sostenerse políticamente en el tiempo sin apoyarse estructuralmente en el aparato político consolidado de la derecha "tradicional" representada por el macrismo?

La campaña de Milei se caracterizó también por su uso intensivo y estratégico de las redes sociales, especialmente TikTok, Instagram y X, plataformas donde logró construir una comunidad política virtual masiva, especialmente entre jóvenes desencantados con la política tradicional. Sus intervenciones mediáticas, caracterizadas por un estilo agresivo, provocativo y deliberadamente polémico, lograron instalar temas de agenda y generar debates públicos que tradicionalmente no formaban parte del discurso político mainstream argentino, como la dolarización de la economía, la eliminación de ministerios completos o la reducción drástica del gasto público social.

1.5. Continuidades y rupturas entre Macri y Milei

El análisis comparado de los liderazgos de Macri y Milei permite formular hipótesis más amplias sobre la trayectoria de las derechas argentinas. En términos de continuidades, ambos comparten un diagnóstico crítico del kirchnerismo, una apuesta decidida por el liberalismo económico y la centralidad de la seguridad como eje programático. Asimismo, supieron capitalizar malestares sociales vinculados a la inflación, la pobreza y la corrupción, interpelando especialmente a sectores medios urbanos. Las rupturas, sin embargo, son significativas. Mientras Macri representó una derecha moderada y "normalizada" dentro del sistema democrático, Milei encarna la radicalización y la confrontación sistemática. El primero buscó legitimidad en la gestión eficiente y el respeto a la institucionalidad; el segundo, en la insurgencia y el ataque frontal al sistema político existente. El macrismo constituyó un proyecto de ampliación electoral gradual; el mileísmo, por el contrario, se presenta como un proyecto de transformación cultural radical.

En este sentido, puede sostenerse que Macri abrió la puerta a la derecha democrática en Argentina, pero Milei la atravesó llevando el discurso hacia un extremo que parecía improbable en la tradición política nacional. La pregunta crítica que surge es si el mileísmo constituye un nuevo ciclo político autónomo o si, más bien, profundiza tendencias ya visibles en el macrismo: securitización de la política, deslegitimación de lo público y desplazamiento de las agendas sociales por discursos punitivos.

Un elemento conecta de manera transversal ambas experiencias: la centralidad de la seguridad como dispositivo político estructurante. Lejos de constituir simplemente un tema más de agenda, la inseguridad funciona como articulador simbólico que legitima exclusiones y ordena jerarquías sociales. Como plantean Sorbera y Goldin (2023), el delito se ha constituido en "problema público" principal, desvinculado de sus causas estructurales y convertido en terreno privilegiado para la intervención punitiva. La figura de Patricia Bullrich condensa esta trayectoria. Su gestión durante el gobierno de Macri inauguró una etapa de endurecimiento represivo que incluyó la defensa de protocolos policiales letales y la confrontación sistemática con organizaciones sociales. En el gobierno de Milei, su rol adquiere un carácter aún más radicalizado, inspirándose explícitamente en modelos como el de Nayib Bukele en El Salvador. De este modo, la seguridad no solo aparece como agenda prioritaria, sino como lenguaje común

que unifica a las derechas en su diversidad ideológica y programática.

2. La securitización como eje de continuidad: Patricia Bullrich entre Macri y Milei

Patricia Bullrich se ha consolidado como una de las figuras más relevantes de la política argentina contemporánea, con una trayectoria que refleja tanto la plasticidad ideológica de ciertos liderazgos como la centralidad creciente de la seguridad en la agenda pública. Su recorrido político comenzó en la Juventud Peronista durante la década de 1970, donde participó activamente en agrupaciones vinculadas al ala revolucionaria del peronismo. Tras el golpe de Estado de 1976, se exilió en Brasil y México, retomando su actividad política durante la transición democrática. En los años noventa se incorporó al peronismo menemista, ocupando cargos legislativos y de gestión pública. A comienzos del siglo XXI experimentó un nuevo giro en su trayectoria: se integró a la Alianza y fue designada ministra de Trabajo durante la presidencia de Fernando de la Rúa, en un contexto marcado por el ajuste estructural y las tensiones sociales previas a la crisis de 2001. Su gestión en esa cartera la asoció a políticas de recorte y austeridad que generaron fuertes resistencias sindicales.

Tras la crisis de 2001, Bullrich fundó el espacio Unión por Todos, de orientación liberal, con el cual participó en distintas coaliciones opositoras. En 2007 se unió a la Coalición Cívica liderada por Elisa Carrió, y en 2010 comenzó su acercamiento al macrismo. Finalmente, en 2015 se incorporó a la alianza Cambiemos, que llevó a Mauricio Macri a la presidencia, siendo designada ministra de Seguridad. En 2019, tras la derrota electoral de Cambiemos, asumió la presidencia del PRO, desde donde impulsó un perfil confrontativo y radicalizado, convirtiéndose en referente de la línea más dura de la oposición al kirchnerismo. En las elecciones presidenciales argentinas de 2023, Patricia Bullrich fue la candidata de Juntos por el Cambio, tras imponerse en la interna frente a Horacio Rodríguez Larreta. Sin embargo, su desempeño en la primera vuelta fue menor al esperado: obtuvo el 23,8 % de los votos y quedó en tercer lugar, detrás de Sergio Massa (Unión por la Patria) y Javier Milei (La Libertad Avanza). De esta manera, quedó fuera del balotaje, y posteriormente expresó su apoyo público a Milei (pese a que éste la había acusado en la campaña de ser una Montonera que había puesto bombas en jardines de infantes), posicionándose como una figura clave en el acuerdo que facilitó su triunfo en la segunda vuelta. Con la llegada de Javier Milei a la presidencia en 2023, Bullrich fue nuevamente nombrada ministra de Seguridad. La trayectoria de Patricia Bullrich, marcada por múltiples desplazamientos ideológicos y una notable capacidad de adaptación, ilustra cómo la seguridad se transformó en el eje articulador de su identidad política. Desde la militancia juvenil en el peronismo revolucionario hasta su posición central en las derechas contemporáneas, Bullrich encarna la convergencia entre biografía personal, giro punitivo y radicalización discursiva en la política argentina reciente. La pregunta que surge es: ¿qué lugar ocupa Bullrich en este esquema como garante de gobernabilidad y como vector de radicalización securitaria?

2.1. Bullrich durante la presidencia de Macri (2015-2019)

La llegada de Mauricio Macri al poder en 2015 representó un hito en la historia política argentina: por primera vez desde la recuperación democrática, una fuerza de derecha accedía al gobierno por vía electoral, sin ataduras explícitas con el pasado dictatorial. En este contexto, la designación de Patricia Bullrich como ministra de Seguridad resultó estratégica. Su perfil combinaba una extensa trayectoria política, marcada por múltiples desplazamientos ideológicos, con una presencia mediática funcional a un gobierno que necesitaba instalar autoridad en un campo tan complejo como el de la seguridad pública. Durante esta gestión, Bullrich impulsó un conjunto de medidas que rápidamente conformaron lo que la prensa y la academia denominaron la "doctrina Bullrich" (Cardinale, 2021). Entre las más significativas se destacan: la doctrina Chocobar, que flexibilizó el uso letal de la fuerza policial y legitimó públicamente la acción de agentes que disparaban por la espalda contra presuntos delincuentes; la implementación de nuevos protocolos para la protesta social, que habilitaron un accionar policial más represivo frente a piquetes y movilizaciones; y la creación de fuerzas especiales junto con la ampliación de operativos de control territorial, especialmente en Rosario y el Conurbano bonaerense.

El discurso de Bullrich consolidó un giro punitivo en la política de seguridad, instalando la idea

de que el problema del delito podía resolverse a través del fortalecimiento de la "autoridad policial" y la aplicación de políticas de "tolerancia cero". En este marco, el Ministerio de Seguridad se constituyó en una usina de producción simbólica: conferencias de prensa frecuentes, presencia constante en medios de comunicación y la construcción de una narrativa de "guerra contra el crimen" (Cerruti, 2013). Era habitual que la ministra se mostrase utilizando chalecos antibalas durante conferencias o visitando con vestimenta militar, además de difundir sus operativos a través de las redes sociales. Estas políticas enfrentaron críticas sistemáticas de organismos de derechos humanos y sectores progresistas, que denunciaron violaciones a los protocolos internacionales sobre uso de la fuerza y prácticas de estigmatización hacia migrantes y jóvenes de sectores populares. Sin embargo, encontraron eco en amplios sectores sociales que percibían un aumento de la inseguridad. Como advierte Dammert (2024), este tipo de políticas securitarias logran legitimidad porque capitalizan emociones de miedo y enojo, incluso cuando sus resultados efectivos en la reducción del delito son cuestionables. En síntesis, la gestión de Bullrich durante el macrismo sentó las bases de una normalización de la "mano dura", en un contexto donde el gobierno de Macri buscaba proyectar moderación en lo político pero firmeza en la cuestión del orden público.

2.2. Bullrich durante la presidencia de Milei (2023-actualidad)

La derrota de Cambiemos en 2019 y el retorno del kirchnerismo al poder marcaron un nuevo capítulo en la trayectoria política de Bullrich. Convertida en presidenta del PRO, radicalizó su discurso securitario y se posicionó como la principal referente de la "derecha dura" dentro del espacio opositor. Su retórica enfatizó la construcción de una Argentina "rehén de los delincuentes", cuestionó sistemáticamente las políticas de derechos humanos y reforzó su perfil confrontativo con los movimientos sociales. En el debate público, Bullrich se consolidó como un ícono del orden y la represión, capitalizando un electorado que demandaba políticas de mayor dureza. Durante la pandemia covid-19 se convirtió en una de las referentes de las marchas anti cuarentena, lugar desde el que comenzó a capitalizar el descontento en un contexto de gran complejidad. Este proceso de radicalización se expresó también en la adopción de un lenguaje emocional más extremo, en sintonía con las derechas globales: referencias constantes a enemigos internos, denuncia sistemática de la "ideología de género" y confrontación permanente con la denominada "casta política". Así, Bullrich transitó desde el rol de ministra de un gobierno de gestión hacia la construcción de una identidad política propia, más cercana al radicalismo característico de las extremas derechas emergentes en la región.

La llegada de Javier Milei al poder en 2023 abrió un escenario inesperado. El triunfo del candidato libertario habría sido impensable sin el apoyo explícito de Macri y Bullrich en la segunda vuelta electoral (Schuster y Stefanoni, 2023). En ese contexto, Bullrich regresó al Ministerio de Seguridad, consolidando su figura como elemento bisagra entre el macrismo y el mileísmo. En su segundo mandato como ministra, Bullrich ha profundizado su perfil represivo. Entre las medidas más relevantes de los primeros años de gestión pueden mencionarse el endurecimiento de protocolos contra la protesta social, con despliegue masivo de fuerzas federales, represión a jubilados y personas con discapacidad y un discurso explícito de criminalización de los movimientos piqueteros; el avance en la creación de sistemas de inteligencia policial y mecanismos de cooperación internacional en materia de seguridad; y la adopción de un lenguaje de "guerra contra el crimen organizado" que alude explícitamente a la experiencia salvadoreña de Nayib Bukele.

A diferencia de su paso por el gobierno de Macri, en la administración de Milei, Bullrich no busca proyectar una imagen moderada, sino posicionarse como la figura garante del orden en un gobierno disruptivo. Su discurso se alinea con la estética libertaria, pero simultáneamente le otorga a Milei un sostén de gobernabilidad frente a sectores que reclaman políticas de seguridad más enérgicas. La construcción del enemigo interno adquiere nuevas dimensiones: además de delincuentes comunes y narcotraficantes, aparecen los movimientos piqueteros, los feminismos y las organizaciones de izquierda como blancos privilegiados de su retórica. En este sentido, la radicalización de Bullrich no se expresa únicamente en políticas concretas, sino también en un relato cultural de confrontación sistemática.

Un elemento central de esta etapa es la referencia explícita al modelo implementado por Nayib Bukele en El Salvador. Bullrich viajó a ese país en junio de 2024, donde visitó la megacárcel CECOT,

recorrió la Academia Nacional de Seguridad Pública y firmó un acuerdo de cooperación contra el crimen transnacional con el mandatario salvadoreño (Devanna, 2024; El País, 2024). Durante el encuentro, elogió públicamente la transformación en materia de seguridad lograda en El Salvador y anunció la creación de un "Laboratorio de Seguridad Pública" inspirado en el modelo salvadoreño (Sanchez Flecha, 2024). Meses antes, en febrero de 2024, Bullrich ya había mantenido un breve intercambio con Bukele en Washington, donde expresó su intención de replicar su modelo en Argentina. Bukele, con cierta cautela, le respondió que la situación argentina no era "tan apremiante" como la salvadoreña, pero se mostró dispuesto a cooperar (Sanchez Flecha 2024). La influencia de Bukele se refleja en varios planos: la idea de implementar un "estado de excepción" contra el crimen organizado, el elogio sistemático a la "mano dura" y la estetización de la represión como espectáculo público; la legitimación popular de medidas drásticas como el encarcelamiento masivo y la suspensión de garantías procesales, que Bullrich utiliza como ejemplo a seguir; y la implementación en Argentina de sistemas como Crime Stoppers, utilizados por Bukele para fomentar denuncias anónimas y desarrollar mecanismos de vigilancia digital. No obstante, esta traducción enfrenta límites estructurales. A diferencia de El Salvador, Argentina posee un entramado institucional y de protección de derechos humanos más consolidado, donde un "estado de excepción" permanente resultaría difícil de sostener. Además, la tasa de homicidios en Argentina dista significativamente de la crisis de violencia que atravesó El Salvador, lo cual cuestiona la pertinencia del modelo propuesto.

La fascinación de Bullrich por el modelo de Bukele, sin embargo, ilustra cómo la derechización securitaria argentina se inscribe en un ciclo transnacional más amplio de circulación de repertorios autoritarios. La gestión de Bullrich se presenta como un laboratorio privilegiado para analizar la securitización como estrategia de legitimación política. Durante el período macrista, estas políticas coexistieron con un discurso moderado, pero sentaron las bases de una "mano dura" que posteriormente se radicalizó. En el gobierno de Milei, esa securitización se convierte en recurso central de gobernabilidad, articulada con narrativas globales que legitiman el orden represivo como solución a los problemas sociales.

El vínculo establecido con Nayib Bukele ilustra la dimensión transnacional del fenómeno. No se trata meramente de una inspiración discursiva: existen visitas oficiales, acuerdos de cooperación bilateral y transferencia concreta de dispositivos institucionales. Así, la Argentina bajo el gobierno de Milei se inscribe en un circuito más amplio de circulación de modelos autoritarios en América Latina. En síntesis, este análisis muestra que el caso de Bullrich no constituye un episodio aislado, sino la expresión de una convergencia entre dinámicas locales y repertorios globales de securitización, donde la figura de la ministra funciona como condensación de los rasgos más sobresalientes de la derechización contemporánea.

3. Conclusiones

El recorrido realizado permite observar cómo las derechas contemporáneas se configuran en un terreno atravesado por tensiones permanentes entre lo local y lo global. Los aportes conceptuales sobre las "nuevas derechas" revelan la polisemia del término y destacan la importancia de situarlo en contextos nacionales específicos, sin perder de vista la circulación transnacional de repertorios políticos y discursivos. En este marco, el caso argentino exhibe una trayectoria singular: desde la consolidación de una derecha democrática bajo el macrismo hasta la radicalización libertaria con Milei, atravesando la figura bisagra de Patricia Bullrich. El análisis de las últimas décadas demuestra que la seguridad se ha convertido en una gramática política de alcance global. En distintos contextos nacionales, la securitización funciona como un dispositivo que excede ampliamente lo estrictamente policial: ordena la agenda pública, define prioridades estatales y produce narrativas identitarias. En este sentido, la emergencia de las nuevas derechas no puede comprenderse adecuadamente sin considerar cómo la seguridad se convirtió en el núcleo desde el cual estas fuerzas reconfiguran sus vínculos con la ciudadanía.

La securitización contemporánea presenta al menos tres rasgos centrales. En primer lugar, la construcción sistemática de un enemigo interno, que puede variar en su definición específica (migrantes, delincuentes, narcotraficantes, movimientos piqueteros, organizaciones feministas) pero que cumple invariablemente la función de condensar el miedo social. En segundo lugar, la estetización de la fuerza,

donde el despliegue policial, las cárceles y la represión no se ocultan, sino que se exhiben como espectáculo legitimador (Dammert, 2024). En tercer lugar, la dimensión emocional: más que en resultados objetivos, la eficacia de estas políticas descansa en su capacidad de canalizar el enojo, la indignación y la frustración social (Sanahuja y López Burian, 2023).

La circulación transnacional de repertorios refuerza significativamente esta dinámica. El "muro" propuesto por Donald Trump, el "estado de excepción" implementado por Nayib Bukele, la "guerra contra el narcotráfico" de Felipe Calderón o las políticas de "tolerancia cero" de Jair Bolsonaro forman parte de un circuito global de prácticas y narrativas, donde cada liderazgo selecciona elementos y los adapta a sus contextos específicos. La Argentina de Mauricio Macri primero, y de Javier Milei después, se inserta plenamente en ese circuito transnacional. El caso argentino presenta, sin embargo, especificidades que lo distinguen de otras experiencias regionales. A diferencia de países centroamericanos, Argentina no enfrenta niveles epidémicos de violencia homicida. Tampoco ha atravesado procesos extensivos de militarización de la seguridad interna como México o Brasil. Pero sí cuenta con una larga tradición de movilización popular y una memoria activa en torno a los derechos humanos, que funcionan simultáneamente como límites institucionales y como campos de disputa para las fuerzas de derecha.

En este contexto, la figura de Patricia Bullrich resulta paradigmática. Su gestión durante el gobierno macrista (2015-2019) instaló una narrativa securitaria en una administración que buscaba proyectarse como moderada y plenamente democrática (Cardinale, 2021). La doctrina Chocobar, los protocolos anti-protesta y la criminalización sistemática de los movimientos sociales marcaron un punto de inflexión respecto de los consensos democráticos construidos tras 1983. Después de la derrota de Cambiemos, Bullrich radicalizó su perfil político, convirtiéndose en la principal referente de la "mano dura" dentro del espacio opositor. Esa radicalización encontró en el gobierno de Milei el terreno propicio para su completo despliegue: en el marco de una profunda crisis económica y política, el discurso securitario se erigió como uno de los pilares fundamentales de legitimidad del nuevo gobierno.

La continuidad y la radicalización, entonces, conviven en la trayectoria política de Bullrich: continuidad en la securitización como política de Estado, radicalización en la estética, el discurso y la referencia explícita a modelos autoritarios externos. La influencia de Nayib Bukele sobre las derechas latinoamericanas merece un análisis específico. El presidente salvadoreño se ha convertido en un referente global por su capacidad aparente de reducir drásticamente los homicidios a través de medidas extremas: encarcelamiento masivo, suspensión de garantías constitucionales y ampliación indefinida del estado de excepción. El modelo se legitima no tanto por sus mecanismos procedimentales, sino por sus resultados visibles, ampliamente difundidos por medios de comunicación y redes sociales. Este acercamiento ilustra cómo los modelos de securitización circulan y se institucionalizan a nivel regional. Sin embargo, también evidencia sus límites estructurales. Argentina no enfrenta una situación de violencia equiparable a la salvadoreña, ni cuenta con un marco legal que habilite fácilmente un estado de excepción prolongado. La "bukelización" argentina aparece entonces más como un recurso discursivo y simbólico que como una posibilidad inmediata de replicación institucional completa. Aun así, sus efectos resultan políticamente relevantes: legitima la idea de que suspender derechos fundamentales puede constituir un camino aceptable, desplaza el debate sobre seguridad hacia soluciones de carácter autoritario y construye un horizonte de expectativas donde la represión extrema es percibida como deseable por amplios sectores sociales.

El despliegue sistemático de estas políticas abre interrogantes fundamentales sobre el futuro de la democracia en Argentina. La securitización como estrategia central de gobernabilidad puede derivar en múltiples riesgos: la normalización del estado de excepción, donde aun sin decretarse formalmente, la lógica de excepción se instala cuando se criminaliza la protesta social y se naturaliza la represión como mecanismo cotidiano de gobierno; la erosión progresiva de derechos, mediante medidas como el endurecimiento de protocolos sobre uso de armas o la represión sistemática a manifestaciones, que limitan derechos constitucionales básicos; tensiones con organismos internacionales sobre los riesgos de replicar el modelo de Bukele en otros países; el desplazamiento del debate público, donde al centrar la política exclusivamente en la seguridad, se invisibilizan otras demandas sociales fundamentales, como la pobreza estructural, el desempleo o la desigualdad de género; y finalmente, la securitización convertida

en un arma de doble filo que otorga legitimidad política en el corto plazo, pero puede profundizar significativamente la crisis democrática en el largo plazo. La Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) advirtió en 2024 que el estado de excepción prolongado en El Salvador derivó en detenciones masivas arbitrarias y violaciones sistemáticas de derechos fundamentales, y subrayó que “todo estado de excepción es, por definición, represivo” (Sanz, 2024). Este señalamiento pone en evidencia los riesgos de trasladar dichas prácticas a otros países sin considerar sus impactos democráticos.

El análisis de Patricia Bullrich como figura política central demuestra que la securitización no constituye un fenómeno coyuntural, sino una estrategia estructural de las derechas contemporáneas. Su trayectoria permite observar cómo un discurso inicialmente marginal se normaliza durante el gobierno de Macri y se radicaliza bajo la administración de Milei, estableciendo un diálogo permanente con experiencias regionales como la de Bukele en El Salvador.

El riesgo resulta evidente: la democracia argentina, que construyó consensos sólidos en torno a los derechos humanos tras la experiencia dictatorial, puede ver erosionados sus cimientos fundamentales si la excepción se convierte progresivamente en norma. La pregunta que permanece abierta es si las instituciones democráticas y la sociedad civil tendrán la capacidad efectiva de contener esta deriva autoritaria o si, por el contrario, se consolidará un nuevo consenso securitario que redefina estructuralmente los límites de lo posible en la política argentina contemporánea.

Bibliografía

- Cardinale, M. E. (2021). Discursos de seguridad en Argentina y Brasil: un análisis desde la teoría de la securitización. *Desafíos*, 33(1), 1-41.
- Cerruti, P. (2013). Seguridad pública y neoconservadurismo en la Argentina neoliberal: La construcción social de la "inseguridad" durante los años noventa: "combate a la delincuencia", "tolerancia cero" y "mano dura". *Revista De Sociología E Política*, 21(48), 143-160.
- Dammert, L. (2024). ¿Un “modelo Bukele” para América Latina?. *Conexión América Latina*. Año 3, Volumen 2, 3-26.
- Devanna, C. (2024, junio 18). Bullrich se reunió con Bukele y firmó un acuerdo contra el crimen transnacional. *La Nación*.
- El País. (2024, junio 17). Patricia Bullrich visita la megacárcel de Nayib Bukele.
- Sanahuja, J. A. y López Burian, C. (2023). Las “nuevas derechas” y la ultraderecha neopatriota: conceptos, teoría y debates en el cruce de ideología y globalización. En Sanahuja y Stefanoni (eds) *Extremas derechas y democracia: perspectivas iberoamericanas*. Fundación Carolina.
- Sanchez Flecha, R. (2024, junio 19). Patricia Bullrich se reunió con Nayib Bukele en El Salvador. *Infobae*.
- Sanz, J.L. (2024, 9 de septiembre). Roberta Clarke, presidenta de la CIDH: “Todo estado de excepción es, por definición, represivo”. *El País*.
- Schuster, M., y Stefanoni, P. (2023). El huracán Milei. Siete claves de la elección argentina. *Nueva Sociedad*.
- Sorbera, P., y Goldin, D. (2023). Neoliberalismo, penalidad contemporánea y racionalidades en torno al problema de la in/seguridad. Consideraciones situadas empíricamente en Córdoba y Argentina. En Reynares y Tomassini (comp) *Trazos neoliberales en la política contemporánea de Córdoba*. TeseoPress.
- Stefanoni, P. (2021). ¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común. *Siglo XXI*.
- Stefanoni, P. (2025). ¿Libertad sin democracia? Distopías neorreaccionarias que recorren el mundo. *Nueva Sociedad*, 315, enero-febrero, 117-130.
- Ramírez, I., y Vommaro, G. (2024). Milei, ¿por qué? Hechos e interpretaciones de una erupción electoral. *Más Poder Local*, (55), 161-171.
- Vommaro, G. (2019). De la construcción partidaria al gobierno: PRO-Cambiemos y los límites del ‘giro a la derecha’ en Argentina. *Colombia Internacional*, no. 99 (July): 91-120.

Sobre la autora

Gimena Loza

gloza@unvm.edu.ar

ORCID: <https://orcid.org/0009-0002-4034-0862>

Licenciada en Desarrollo Local-Regional y Magíster en Estudios Latinoamericanos, diplomada en Gestión de Políticas Públicas de Seguridad y Justicia. Soy docente e investigadora en la Universidad Nacional de Villa María (UNVM), especializada en análisis de políticas públicas, seguridad ciudadana, criminología crítica y desarrollo territorial en América Latina. He dirigido y participado en proyectos de investigación universitaria sobre conflictividad social y seguridad en ciudades intermedias.